

LUCIANO WERNICKE

**Historias
insólitas
de los
Mundiales
de fútbol**

Para Facundo y Nicolás

Podés hacer un gol y podés llevar tu nombre al cielo.

«Yendo de la cama al living»
CHARLY GARCÍA

Prólogo

Mucho se ha escrito sobre la historia de los Mundiales de fútbol. Yo quería contarla de una manera distinta. Siento innecesario ocupar páginas y páginas con todas las formaciones, resultados, goleadores, árbitros, sedes o expulsiones de cada uno de los partidos. Primero, lo considero aburridísimo; segundo, no hace falta que un libro malgaste papel en eso: basta con ingresar al sitio oficial de la Federación Internacional del Fútbol Asociación (www.fifa.com), acceder al link «Copa Mundial de la FIFA» y navegar por el apartado «ediciones anteriores». Nada más simple. *Historias insólitas de los Mundiales de fútbol* persigue otro objetivo: realizar un recorrido por cada una de las etapas mundialistas a través de los choques inolvidables, las figuras, los récords, pero especialmente las curiosidades y anécdotas más divertidas y sorprendentes, y las apasionadas hazañas que muestran el costado humano del «más popular de los deportes». Algunos de los relatos están relacionados con circunstancias imprevistas acontecidas dentro del campo de juego, las tribunas o las concentraciones, en el plano deportivo; otros cuentan hechos situados un poco más lejos de los estadios, para ayudar a comprender el contexto histórico en el que se desarrolló cada torneo, y tratar de entender que determinados sucesos, que a simple vista parecían salidos de la entraña del juego, habían nacido en otro lado. ¿Es casualidad que hasta que el ojo de la televisión en color «en vivo y en directo» cubrió todo el planeta, a principios de los 80, la mitad de los campeonatos fuera ganada por países anfitriones, y en otros dos torneos los dueños

de casa llegaron cómodamente a la final? Muchos historiadores cuestionan los triunfos de Italia en 1934 de la mano del dictador Benito Mussolini, de Inglaterra en 1966 con polémicos arbitrajes, o de Argentina en 1978, en una Copa desarrollada en medio de una sangrienta dictadura, que tuvo tanteadores extraños como el abultado seis a cero del equipo local a Perú. Sin embargo, es justo decir que, en estos tres casos, de nada hubiera servido la ayuda política sin un buen equipo que la respaldara en la «distracción» de los espectadores. El fútbol de la Copa se detuvo entre 1939 y 1950 a causa de la Segunda Guerra Mundial, lógicamente, empero la pelota y sus auspiciantes siguieron rodando en medio de otros conflictos también terribles, como la guerra de las Malvinas. Dos naciones que se desangraban en una punta del planeta estuvieron muy cerca de intercambiar banales pelotazos en una cancha «neutral». Desde España 1982 en adelante, solo una escuadra, Francia en 1998, alzó el trofeo de oro en su casa, y en esa oportunidad no se escucharon voces de sospecha. No pareció que el conjunto galo haya disfrutado de una forzada benevolencia de parte de los árbitros, sobre todo si se tienen en cuenta las implacables expulsiones de la estrella local Zinedine Zidane ante Arabia Saudita, en la primera ronda, del pilar defensivo Laurent Blanc en la semifinal ante Croacia, y de Marcel Desailly en la final ante Brasil. La televisión en color en directo y para todo el mundo, la infinita Internet y el novedoso sistema *Video Assistant Referee* (VAR) juegan a favor de la luz sobre la oscuridad. No digo que se acabaron los tejemanejes. Solo que ahora es un poquito más difícil maquillarlos.

Uno de los propósitos de este libro es reflejar que, si bien hubo y hay gobiernos aprovechadores, árbitros corruptos, negocios multimillonarios, el fútbol demuestra cotidianamente que hay esperanzas. No todos los partidos se pueden arreglar en un escritorio. La podredumbre no siempre llega a contaminar la pasión, el amor o la nobleza. A lo largo de los Mundiales, varios jugadores se negaron a abandonar la cancha a pesar de tener un hueso fracturado. Un talentoso mosquetero puso la belleza sobre el resultado al picar un penal en una final, y el honor sobre la trampa al cabecear a un desleal rival lenguaraz. Un delantero tuvo el coraje de enfrentarse a las terribles SS al rechazar la casaca nazi, otro siguió jugando

tras sufrir un infarto en pleno partido y un zaguero fue asesinado por defender su honestidad luego de haber cometido el pecado de marcar un gol en contra. La camiseta se mancha de sangre, no se desangra. El recuerdo permanente de todos esos héroes mantiene viva la llama que deja al descubierto que el dinero no todo lo consigue y que el Poder podrá comprar algunos gajos de cuero, pero nunca la dignidad que infla la pelota.

LUCIANO WERNICKE
Buenos Aires, junio de 2022

Prehistoria mundialista

El 5 de marzo de 1870, apenas seis años y medio después de la conformación de The Football Association, tuvo lugar un partido entre selecciones nacionales. En el estadio Kennington Oval de Londres, un escenario creado originalmente para el críquet, emplazado a pocos metros al sur del río Támesis, empataron a un gol por bando dos equipos que representaban a Inglaterra y Escocia. Este duelo inaugural, empero, no es considerado oficial porque los once futbolistas «visitantes» vivían en la capital británica y, además, no habían sido elegidos por The Scottish Football Association. El primer encuentro que sí es reconocido como «oficial» se produjo el 30 de noviembre de 1872 en una cancha del West of Scotland Cricket Club, situada en el barrio de Partick, a las afueras de Glasgow. Esa jornada, ante apenas tres mil espectadores, Escocia —integrada por jugadores de un solo club, Queen's Park FC, y vestida de azul, uniforme alternativo de ese mismo equipo— e Inglaterra no lograron sacarse diferencias. El *match* terminó con el marcador en blanco.

La FIFA y el Mundial fallido

La Federación Internacional del Fútbol Asociación (FIFA) nació en París el 21 de mayo de 1904. Su creación se produjo a la sombra de la Union des Sociétés Françaises de Sports Athlétiques, porque ocurrió en un sector trasero, patio mediante, del edificio que ocupaba la USFSA en el 229 de la rue Saint-Honoré de la capital francesa. La entidad germinó a partir de un cónclave entre delegados de

Francia, Bélgica, Dinamarca, Holanda, España, Suecia y Suiza. La Football Association inglesa, presidida por el lord escocés Arthur Kinnaird, se negó a enviar un representante. En esa primera sesión, se aprobaron algunos estatutos que contemplaban la unificación de reglamentos —en base al que se utilizaba en ese momento en Gran Bretaña—, la promoción del deporte y gestiones para la incorporación de otras asociaciones nacionales. En la reunión inaugural, además, se empezó a trabajar en la idea de una competición entre selecciones para 1905 o 1906. Al día siguiente, la FIFA realizó su primer congreso oficial, en el que se designó al gallo Robert Guérin como presidente.

Un año más tarde, el organismo ya contaba con las afiliaciones de las federaciones de Inglaterra, Alemania, Austria, Italia, Hungría, Gales e Irlanda. En el segundo congreso, efectuado entre el 10 y el 12 de junio de ese mismo año, nuevamente en París, los representantes se entusiasmaron con la idea del primer Mundial, aunque no se resolvió si se realizaría con clubes o selecciones. Los delegados tampoco se pusieron de acuerdo respecto de la eventual intervención de jugadores profesionales, que ya eran aceptados en países como Inglaterra. Sí se diseñaron grupos y hasta se evaluó la posibilidad de que Suiza fuera sede de los partidos de semifinales y la final. El Gobierno helvético, inclusive, ofreció donar el trofeo. No obstante, esta idea fracasó por problemas económicos y de logística. Por ello, la propuesta de una competición internacional de gran envergadura se trasladó a los Juegos Olímpicos de Londres 1908, los primeros que contaron con la participación de selecciones y la organización de una entidad futbolística, The Football Association. Luego de los Juegos de Estocolmo 1912, y con la incorporación de países no europeos, como Sudáfrica, Argentina, Chile y Estados Unidos, la intención de instaurar la Copa del Mundo volvió a germinar, pero el inicio de la Primera Guerra Mundial, en 1914, congeló la iniciativa durante quince años.

Uruguay, primera sede

Mientras el fútbol ganaba espacio y prestigio en los Juegos Olímpicos, varios congresos se sucedieron sin que se lograra alcanzar

el objetivo primordial: un campeonato exclusivo de este deporte con representaciones nacionales de todos los continentes. La idea de organizar el primer Mundial comenzó a cobrar fuerza varios años después del final de la Gran Guerra (que luego sería llamada Primera Guerra Mundial), gracias al empuje del francés Jules Rimet. El dirigente galo, que presidía la FIFA desde 1921, estaba convencido de que el fútbol podía «fortalecer los ideales de una paz permanente y verdadera». Tras numerosas «idas y vueltas», el 8 de septiembre de 1928, en Zúrich, se le puso fecha al primer torneo: julio de 1930. Casi un año más tarde, el 18 de mayo de 1929, España, Italia, Suecia, Holanda, Hungría y Uruguay presentaron sus candidaturas en el congreso de Barcelona. La nación rioplatense era la favorita por haberse consagrado campeona en los dos últimos Juegos Olímpicos, por contar con mejores recursos (ofreció hacerse cargo de todos los gastos de traslado y alojamiento de las delegaciones, lo que no pudieron asegurar los países del Viejo Continente, que atravesaban una severa crisis económica) y por sumar el apoyo de todos los delegados americanos, mientras que los representantes europeos, aunque eran mayoría, estaban divididos entre cinco postulantes. Además, se veía con simpatía que el torneo formara parte de los festejos del centenario de la jura de la independencia uruguaya. Según los diarios de entonces, la actuación diplomática del delegado oriental, Enrique Buero —acompañada ardentemente por la de su par de Argentina, Adrián Beccar Varela—, resultó decisiva. Primero consiguió las renunciaciones de los representantes de Suecia, Holanda y Hungría. Luego, con el argumento de que en el Uruguay había una enorme colectividad española e italiana que apoyarían a sus selecciones, logró que los delegados peninsulares dieran un paso al costado. El honor de ser el primer país organizador de la Copa del Mundo, finalmente, fue concedido por aclamación a Uruguay. En declaraciones al matutino porteño *La Nación*, Buero sostuvo que «la decisión del Congreso de elegir a Montevideo como sede para el primer campeonato mundial ha permitido revelar el sentimiento unánime de los distintos países americanos, que con Argentina a la cabeza, han apoyado calurosa y entusiastamente la propuesta de la Confederación Sudamericana de Fútbol. Hemos dado un

ejemplo reconfortante de solidaridad continental». La historia de los Mundiales estaba en marcha.

La Copa

Una vez confirmada la primera sede, Jules Rimet acordó con los demás representantes de la FIFA que en cada Copa del Mundo se pondría en juego un trofeo especial, que quedaría en poder de la nación vencedora durante cuatro años, hasta la competencia siguiente. Asimismo, se decidió que aquel país que ganara tres veces un Mundial obtendría el premio para siempre. Rimet solicitó la creación del galardón al escultor francés Abel Lafleur, quien diseñó una copa con la figura de la diosa griega de la victoria, Niké, con las manos extendidas. La obra —de 55 centímetros de alto, cuatro kilogramos de peso y un costo de cincuenta mil francos— fue moldeada con oro puro de 18 quilates y montada sobre una base de piedras semipreciosas.

El trofeo, que se puso en juego nueve veces hasta que Brasil se lo adjudicó en forma definitiva tras vencer en México 1970, fue protagonista de algunas situaciones bastante curiosas. En 1938, después de que Italia venciera a Checoslovaquia en la final del Mundial de Francia, la copa fue guardada dentro de la bóveda de seguridad de un banco romano. Al estallar la Segunda Guerra Mundial, el vicepresidente de la Federación Italiana, Ottorino Barassi, la retiró de la entidad bancaria y la escondió debajo de su cama, dentro de una caja de zapatos, para evitar que fuera hallada por los alemanes que habían invadido y ocupado la península. Se cuenta que un grupo de agentes de las ss llamó a la puerta de la casa de Barassi, en la piazza Adriana de Roma, para secuestrar el trofeo. Los oficiales registraron el piso, pero no encontraron el preciado galardón. Cuando se marcharon, Barassi rezó un padrenuestro. Unos años después, el dirigente italiano entregó en persona la copa a los responsables de la FIFA en Luxemburgo.

Casi treinta años más tarde, el 20 de marzo de 1966, a pocos meses del inicio del Mundial que se disputó en Inglaterra, la figura dorada desapareció misteriosamente de las vitrinas de la tienda londinense Westminster Hall, donde se la exhibía para promocionar el

campeonato. El enigmático robo puso en vilo al prestigioso cuerpo de policía Scotland Yard, que, a pesar de asignar el caso a sus mejores hombres, no logró obtener una sola pista. Desesperada por el bochornoso suceso, que hacía trizas su arrogancia, la Football Association encomendó en secreto al orfebre Alexander Clarke la realización de una copia para sustituir al premio original, que ya había sido bautizado «Jules Rimet» en honor al dirigente francés. Pero antes de que el artista terminara su trabajo, el 27 de marzo, un perro de raza collie, llamado Pickles, salvó el orgullo inglés al hallar la preciada copa, envuelta en diarios en un jardín del suburbio Beulah Hill. Tiempo después se sabría que había sido sustraída por un obrero portuario llamado Walter Bletchley. Pickles fue declarado de inmediato héroe nacional y su propietario, David Corbett —un barquero del Támesis de veintiséis años—, recibió una recompensa de tres mil libras esterlinas. El famoso collie murió en 1973 y su desaparición fue seguida por el llanto de miles de hinchas.

Se mira..., se roba y se funde

En 1970, el trofeo llegó a la sede de la Confederación Brasileña de Fútbol (CBF), para quedarse eternamente. Empero, como dice la canción, «nada es para siempre»: la copa fue robada el 19 de diciembre de 1983. El despojo habría sido planeado pocos meses antes en el bar Santo Cristo, situado en la zona del puerto de Río de Janeiro, por el gerente de banco Antonio Pereyra Alves, el decorador José Luis Vieira da Silva, el expolicía Francisco José Rivera y el joyero argentino Juan Carlos Hernández. Pereyra Alves, quien visitaba asiduamente la sede de la CBF, notó que la copa se encontraba dentro de un aparador fácilmente vulnerable. Según la versión policial, la noche del atraco, Vieira da Silva y Rivera maniataron al único guardia y desaparecieron con el botín, que fue derretido de inmediato por Hernández. Los cuatro sospechosos del robo fueron detenidos y condenados a nueve años de prisión. Los lingotes producidos con el oro del trofeo desaparecieron en el mercado negro carioca. Uno de los investigadores del caso se quejó de que «Brasil luchó tanto para ganar la copa y fue a parar a las manos de un argentino». Poco después de recuperar la libertad,

Hernández volvió a la cárcel, condenado por tráfico de drogas. Cuando se enteró de que la desaparición del precioso objeto sí era para siempre —y que no se había cumplido la sentencia de la canción— la CBF encomendó a la empresa Eastman-Kodak de los Estados Unidos la elaboración de una reproducción para ser lucida en una vitrina del estadio Maracaná.

La FIFA tomó nota de este incidente y, para evitar otras sorpresas desagradables, determinó que no se entregaría al país ganador la nueva copa que se puso en juego a partir de 1974, diseñada y producida por el orfebre italiano Silvio Gazzaniga. Desde entonces solo se otorga una réplica al ganador y la original se conserva en las oficinas que el organismo posee en Zúrich, Suiza.

¿Qué pasó finalmente con aquella réplica que, disimuladamente, había plasmado el inglés Alexander Clarke por orden de la Football Association? Fue subastada en 1997 por la casa Sotheby's a pedido de la familia del joyero y vendida por unos 400.000 dólares a la misma FIFA, que la colocó en exhibición en el Museo Nacional del Fútbol de Preston, Inglaterra.